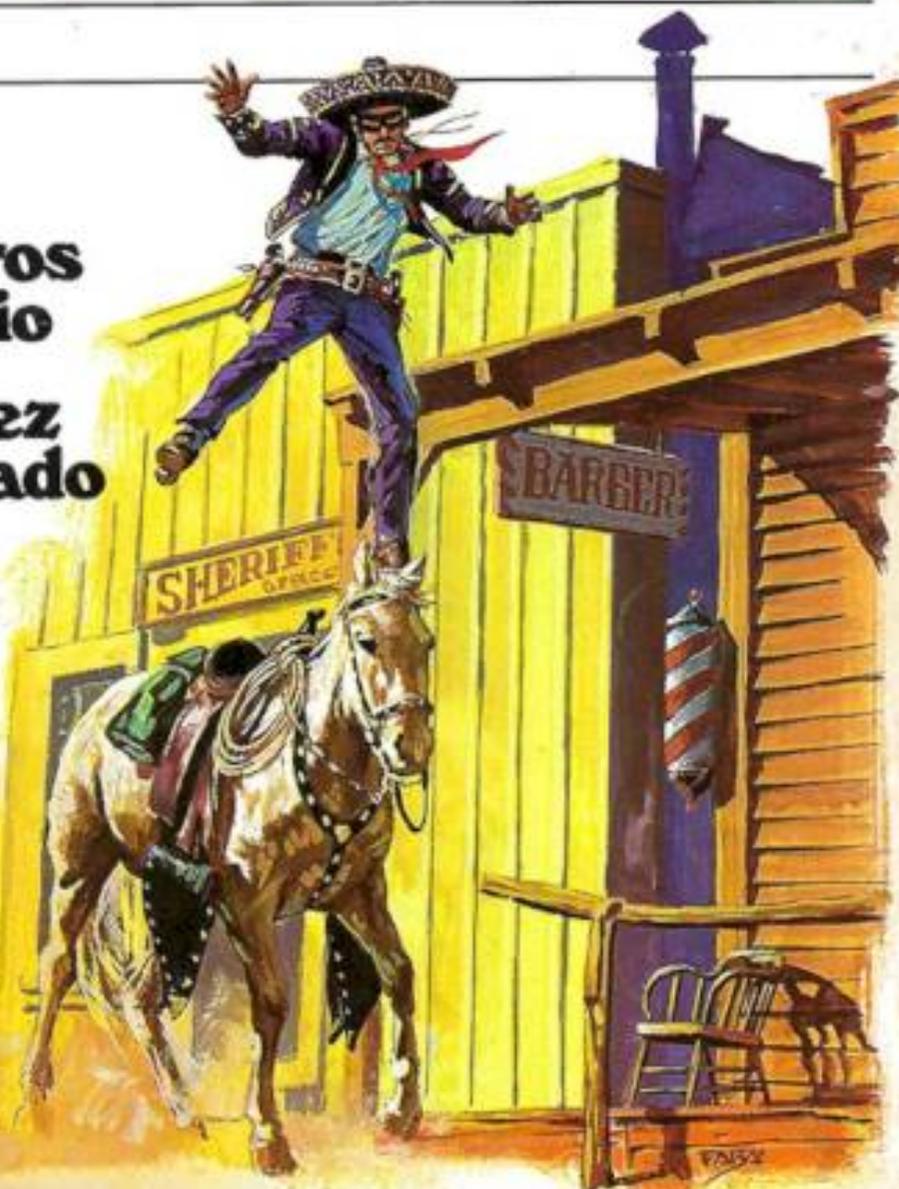


EL COYOTE

J. MALLORQUÍ

**Los
hijastros
del Odio**

**Otra vez
el Pasado**



Los hijastros del odio:

Si los dos ahijados de Abraham Dolin supieran lo que realmente sucedió en Chapultepec años atrás, seguramente no se odiarían tanto.

Otra vez el pasado:

Algo grave ocurre en El Valle de San Lorenzo. A todos los propietarios, grandes y pequeños, de las tierras, les quieren obligar a vender sus tierras para el tendido del ferrocarril. Uno de los grandes es don César de Echagüe, y, uno de los pequeños un matrimonio formado por Elena y Tobías, a los que don César ha regalado un trocito de tierra.

Índice de contenido

Cubierta

Los hijastros del odio & Otra vez el pasado

Los hijastros del odio

Capítulo primero: Fiesta de boda

Capítulo II: Noche nupcial

Capítulo III: Paloma y gavián

Capítulo IV: Estella

Capítulo V: Orden de libertad

Capítulo VI Los peligros de La Fortuna

Capítulo VII: La sangre del Coyote

Capítulo VIII: Las justicias del «Coyote»

Retorno del pasado

El sombrero hace justicia

El secreto de la sepultura vacía

Otra vez el pasado

Capítulo primero: Las alegrías de don César

Capítulo II: T. A. & C. R.

Capítulo III: Un testigo involuntario

Capítulo IV: Forasteros en el valle

Capítulo V: Los consejos de don César

Capítulo VI: Una visita muy amable

Capítulo VII: La furia de los hombres mansos

Capítulo VIII: En alas de la muerte

Notas

EL COYOTE



LOS HIJASTROS
DEL ODIO

JOSÉ MALLORQUÍ

Capítulo primero: Fiesta de boda

La fiesta se iba a celebrar en la pradera. Primero una magnífica comida, compuesta de carne de ternera asada sobre el rescoldo reunido en largas zanjás cubiertas con telas metálicas sujetas a bastidores de hierro, y que servían a modo de parrillas. Era la clásica y mejicana barbacoa, una de las costumbres que debían sobrevivir a los conquistadores, que la habían tomado de los indios. El único cambio era el de la tela metálica, en vez de los verdes palos que usaban los pieles rojas.

Se habían sacrificado tres terneras, de las cuales sólo se aprovecharían los más selectos pedazos. El aire estaba lleno de olor a pino quemado y a las aromáticas hierbas que se echaban al rescoldo para aumentar el sabor de la carne.

En el centro de la pradera, que olía a hierba pisada, hallábase la larga y ancha mesa formada con tablones y caballetes y cubierta por blancas sábanas de hilo que hacían las veces de manteles. Los novios debían sentarse en el centro, en dos sillones. Los invitados se sentarían en los bancos colocados frente a la mesa.

Cerca de ésta se encontraban dos panzudos barriles de vino de San Fernando, un barrilito de *whisky*, otro de ginebra y uno mayor de ron. De unas a modo de horcas colgaban jamones ahumados, embutidos de diversos tipos, en algunos de los cuales la proporción de cerdo estaba en un veinte por ciento en contra de un ochenta de especias a cual más picante. En unas mesitas, que eran como satélites en torno a la mayor, se apilaban conservas en vinagre, jamones cocidos con azúcar, ensaladas aliñadas con aceite y

vinagre, con vinagre y mostaza, con pimienta y canela y con una serie más de ingredientes, para todos los gustos y paladares. Había, también, salmón y anguila ahumados, arenques en vinagre, tamales con carne, enchiladas y, en resumen, entremeses para satisfacer al más exigente invitado. Una nube de camareros chinos y negros estaba distribuida en torno de las horcas, armada con afilados cuchillos para servir las demandas; alrededor de las mesas para llenar los platos y, por último, tres de los mejor educados aguardaban junto a la puerta abierta en la cerca, para pedir y recibir cortésmente los revólveres y pistolas que pudieran llevar los comensales. En el cañón de cada arma se colocaba una arrollada tarjeta con el nombre de su propietario.

Cuando don César y Guadalupe entraron en el campo de la fiesta, los tres orientales saludaron con profundas reverencias, que les dieron aspecto de juguetes mecánicos alemanes.

Como habían tenido que esperar a que don Goyo Paz entregase sus dos pistolones, conocían lo que se ocultaba bajo la manta india que tapaba el pequeño arsenal acumulado sobre la mesa. Por eso, como extrañado por el silencio de los tres chinos, don César preguntó:

—¿No quieren saber si llevo algún cañoncito encima?

Los tres chinos sonrieron por primera vez desde que estaban entregados a aquella molesta tarea. Sonrieron como si hubiesen oído un chiste muy divertido; luego movieron negativamente la cabeza.

—¡No, no! —dijeron los tres, a la vez.

—Casi me siento ofendido —suspiró don César—. Me hubiera gustado más inspirar un poco de inquietud, aunque fuese a unos chinos...

Don Goyo hablase detenido para esperar a don César.

—Hola, muchacho —saludó—. Me parece que no debiéramos haber venido. Esta fiesta se ha puesto mala.

—El sentido de la economía me prohíbe rechazar una comida gratuita —contestó don César—. Desde luego, se

ha puesto fea la fiesta.

Miró hacia donde estaban los recién casados: Kate Dolin, de veintiún años. Joel Simmons, de cincuenta y tres, y, además, tío de su propia mujer. Si la novia estaba pálida como la nieve, el novio tenía la blancura de un cadáver, y ambos parecían igualmente helados.

—Parece que esperan el pésame... —dijo don Goyo. Frunció las espesas cejas—. Esto es una inmoralidad. En mis tiempos, ¿sabes lo que hubiéramos hecho, César?

El hacendado sabía cuál hubiera sido la reacción de la gente cincuenta años antes; pero no quiso privar al viejo cascarrabias del placer de explicarlo.

—Alguna salvajada —dijo.

—Puede que ahora le deis ese nombre; pero en aquellos tiempos... —Don Goyo se humedeció los labios con la lengua, como regodeándose de pasadas actuaciones—. Hubiéramos cogido al novio y lo habríamos pintado de negro con brea de calafatear. Luego lo hubiéramos emplumado con plumón de patito, para darle un buen tinte amarillo. Y, una vez seca la brea y las plumas bien pegadas, habríamos manteado al canalla frente al balcón de su dormitorio, para que su esposa pudiera reírse un rato. Y cuando nos hubiéramos sentido cansados de mantearle, habríamos lanzado un grito para ponernos de acuerdo y, de un último golpe, le hubiésemos enviado a la altura del tejado de su casa, soltando en seguida la manta, para que al caer se diera cuenta de lo duro que estaba el suelo.

—¿De veras eran tan bárbaros? —preguntó Guadalupe.

—Éramos muy hombres, Lupita —sonrió don Goyo, halagado por el calificativo aplicado por Guadalupe a los jóvenes de cincuenta años antes—. Recuerdo que a una viuda que se casó al cabo de dos meses de haberse muerto su marido, le cogimos al segundo esposo y se lo embarcamos hacia China, en un frágil junco que zarpaba de San Pedro aquella noche. El hombre tardó cuatro años en volver... —Don Goyo volvió a reír con esa bonachonería de los viejos

que no toleran ninguna broma ajena; pero, en cambio, son muy comprensivos con sus propias y pasadas locuras—. Sólo tuvo tiempo de abrazar a su esposa y explicarle una parte de sus aventuras, porque en seguida llegaron sus amigos, le emborracharon y, cuando despertó de su borrachera, ya estaba de nuevo rumbo a China en otro junco. Regresó a los tres años y desembarcó en San Diego. Desde allí envió aviso a su mujer para que se reuniera con él a mitad de camino, en San Pascual; pero nos enteramos a tiempo y asaltamos la diligencia entre San Pascual y San Diego. Íbamos con las caras tapadas; pero el pobre adivinó quiénes éramos y suspiró: «¡Está bien, muchachos, volveré a China!».

—No me diga que lo embarcaron otra vez rumbo a China —dijo Lupe.

—Pues claro —replicó don Goyo—. Se trataba de una broma muy divertida.

—¿Por qué no le enviaban a otro sitio? —preguntó don César.

—Porque China era el lugar más lejano. Los juncos hacían la travesía de un tirón, deteniéndose sólo en pequeñas islas de Oceanía, a cargar agua. Si le hubiéramos embarcado en un velero que hiciese rumbo a Sudamérica habría podido desembarcar en Panamá o en el Perú y volver al cabo de un año.

—¿Y qué hicieron cuando volvió?

—La broma duró poco —suspiró don Goyo—. El hombre se quedó en una isla de la Polinesia, donde fue coronado rey.

En aquel momento el hijo de don César entregó sus revólveres a los chinos y reunióse con su padre.

—¿Cómo has tardado tanto? —preguntó don César.

Su hijo se encogió de hombros.

—Fui con unos amigos a tomar algo. —Explicó—. Esta fiesta no me gusta nada.

—Es lamentable que no hayas llegado antes, hijo mío —dijo don César—. Habrías escuchado un interesante relato acerca de cómo se portaban los jóvenes en tiempos de don Goyo.

—Eso era en la Edad de Piedra, ¿no? —preguntó el joven.

Don Goyo empezó a enfadarse; pero luego cambió de opinión y soltó una bronquial carcajada.

—Desde luego, desde luego —dijo—. Y, viendo cómo habéis cambiado, casi estoy por creer que mi juventud se remonta mucho más allá de la Edad de Piedra. —Volviéndose hacia el hacendado siguió—: Creo que deberíamos marcharnos.

—¿Sin comer? —preguntó don César.

—¡Claro!

César de Echagüe y Acevedo guiñó un ojo a su padre, procurando que don Goyo lo advirtiera, y dijo:

—Cuando el diablo no puede comer carne dice: «Ayunemos, hermanos».

—¿Qué quieres decir, jovenzuelo mal educado? —preguntó don Goyo.

—Que, si yo estuviera tan estropeado como usted, y sólo pudiera comer cositas ligeras e inofensivas, también diría que no comiésemos; pero a mí la ceremonia me ha despertado un apetito atroz.

—¡Si te imaginas que no soy capaz de comer tres veces lo que tú, vas a llevarte una sorpresa! —bramó don Goyo—. ¡Estaría bueno que un mequetrefe, hijo de otro... de otro...! —Don Goyo dirigió una furibunda mirada a don César y dijo—: No te enfades; pero en este caso tú también eres un mequetrefe, aunque no lo seas tanto como hace algún tiempo. ¡Sólo me faltaba que tu hijo, que parecía seguir un buen camino, se haya convertido en un payaso como tú!

—Tiene razón, don Goyo —asintió don César—. Mi hijo le está faltando al respeto. —Se volvió hacia el joven—: Y

eso, Cesítar, no está bien. A los ancianos hay que respetarlos, mimarlos, ser tolerantes con sus exabruptos y con sus manías, pues sólo así podremos ser respetados, tolerados, mimados y comprendidos cuando llegue el día de nuestra propia vejez.

Don Goyo pareció a punto de estallar a consecuencia de la sangre acumulada en su cabeza.

—¡Yo no soy ningún alfeñique! —rugió—. Pero, aunque lo fuese, vale más medio alfeñique de mi raza que todos los hombres hechos y derechos de esta época.

—No se peleen, por favor —pidió suavemente Joel Simmons, llegando junto al grupo—. Estamos celebrando una fiesta, no una reunión política.

Cuando don Goyo cobraba impulso era muy difícil detenerle, y ya estaba a punto de replicar impertinentemente a Simmons, cuando don César acudió a remediar la situación con su buen humor habitual.

—En este caso don Goyo tiene mucha razón —dijo—. Mi hijo y yo nos hemos tomado algunas libertades dialécticas encaminadas a provocar su enfado.

—Mal hecho, don César —sonrió untuosamente Simmons—. Hoy ha de ser día de bullicio, de felicidad, de ruido...

—Sí, sí. —Interrumpió el hacendado con su más suave sonrisa—. Ese era mi deseo; pero hay en el ambiente tanto silencio, que por ello decidí animarlo un poco.

Joel Simmons encajó difícilmente el puyazo.

—Comprendo que mi fiesta no goza de la popularidad de las suyas, señor de Echagüe, y que muchos de los que han venido a ella disfrutarían viéndola fracasar...

—¡Qué barbaridad!... —exclamó don César—. ¡No diga usted eso! ¿Quién puede desear tal cosa?

—Los envidiosos, papá —dijo César de Echagüe y Acevedo—. A muy pocos nos ha gustado que don Joel se haya llevado a la más bella flor del femenino jardín de Los Ángeles.

—Tienes razón, hijo mío —admitió don César—. No se me había ocurrido pensar en el rencor que la buena suerte de don Joel ha debido de despertar entre los jóvenes que tenían puestos sus codiciosos ojos en esa perlita que se llama Kate. Pero... tú no habrás pensado...

—Yo, no, papá —replicó en seguida el joven—. ¿Crees que soy de esos que olvidan la importancia que tiene la diferencia de edad?

El disparo del hijo de don César causó todo el daño que se propuso el joven al apretar el gatillo. Joel Simmons se puso pálido, lívido y terminó en amoratado verdoso. Durante unos segundos no se atrevió a decir lo que deseaba; luego, sonriendo hipócritamente, comentó:

—Espero que con el tiempo se me perdone haber cortado en mi beneficio tan hermosa flor.

—No es usted el primero en ser envidiado por llevarse a una mujer perfecta —replicó don César, con la misma serenidad de si nada grave se hubiera dicho—. Cuando me casaron con mi Lupita —apretó suavemente el brazo de su mujer—, don Goyo y su hijo rabiaron como si les hubiesen quitado la bolsa del dinero, ¿no, don Goyo?

—Aquello fue un robo descarado —replicó el viejo coronel.

Simmons aprovechó el momento para escapar.

—Con su permiso —dijo—. Creo que me llaman.

César de Echagüe y Acevedo, que había adoptado una expresión de insuperable pesar, le cogió de un brazo y suplicó:

—Perdóneme si aquello que dije de las diferencias de edades le ofendió; le aseguro que no lo dije por usted. Ni me acordaba de que le lleva usted treinta años a la novia. Como no los representa...

—¡Suélteme! —gritó Simmons, rojo de ira—. Si no estuviese en mi casa le haría dar de latigazos...

—¿A quién? —gritó el joven—. ¿A mí? ¿Usted? ¡Atrévase!

—¡Calma, calma! —pidió don César, que la poseía toda—. No hay que llevar las cosas a tan violentos extremos. Los dos han pecado de excitables y nerviosos.

—Está bien —cortó Joel—. Olvidemos el asunto. Me tengo que marchar...

—No, señor —intervino don Goyo, agarrando de un brazo a Simmons—. En este caso yo estoy con usted. Los mayores tenemos que defendernos de las impertinencias de los jóvenes. Tiene usted derecho a las excusas que le dará el señor de Echagüe.

—Es que yo no necesito... —empezó Joel.

—Déjeme explicarle —pidió don César—, usted se halla excitado. Lo comprendo. Me he casado dos veces y sé lo que se siente, en tales momentos. El corazón nos late lleno de juveniles anhelos y no somos dueños de nuestros actos. En cuanto a mi hijo, también es joven y no sabe que a veces las verdades ofenden. Si a una liebre la confunden con un galgo, la liebre no se molesta tanto como si la confunden con un conejo, o simplemente, si le dicen que es inconfundiblemente una tímida liebre.

—¿Estás tratando de reparar la impertinencia de tu hijo? —preguntó Guadalupe.

—No lo sé —suspiró don César—. Sospecho que esta vez no me salen las palabras a gusto de mi corazón. Le aseguro, don Joel, que lamento muchísimo la torpeza de mi hijo; pero doy fe de que él deseaba borrar el mal efecto de sus palabras. Al fin y al cabo, los jóvenes están disgustados con algo de razón. A usted ya le consideraban neutral en las luchas del amor, y ha resultado no sólo beligerante, sino que, además, se ha llevado lo mejor de lo mejor. Lo que debe hacer es reírse de los envidiosos. Que más vale ser envidiado que ser compadecido, porque no es más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos.

—Sí, sí. No tiene importancia. Hasta luego. A sus pies, señora.

Joel Simmons se alejó hacia otro grupo de invitados, mientras Guadalupe comentaba en beneficio de los tres hombres:

—Creo que se ha obrado con excesiva dureza. Al fin y al cabo, si ella no hubiese querido, nadie la hubiera casado con él.

—Desde luego —asintió don César—. ¡Estos jóvenes! —Movié la cabeza—. No cabe duda de que los extremos son muy malos. Los jóvenes de ayer y los jóvenes de hoy son de lo peor que he visto. En cambio, los que ocupamos el puesto intermedio somos, si no perfectos, porque al fin y al cabo es de hombres el errar y de asnos el rebuznar, por lo menos somos mucho más soportables y cómodos. Nosotros no enviamos nunca a China a un recién casado, ni le sacamos a relucir su edad en un momento tan vidrioso como el presente. Y no me digas, César, que no hubo mala intención por tu parte.

—Desde luego, papá —admitió César—. Hubo bastante mala intención. Pero no me negarás que, si hubiese hablado de Gómez, aún le habría escocido más.

—¡Qué ocurrencia la de ese muchacho, presentándose en Los Ángeles cuando acababa de celebrarse la boda! —comentó don Goyo—. ¡Y qué oportuno! Si hubiera llegado antes...

—¿Cree que estaba enamorado de Kate? —preguntó Lupe.

—No lo sé. Los Dolin se han vuelto muy reservados desde que murió la madre de Kate. Pero estamos chismorreando y no me parece correcto.

—Todo el mundo chismorreando —observó don César—. No se debe ir contra las costumbres. Es peligroso.

—Se debe ir contra las malas costumbres, César —repliqué don Goyo.

—Que yo sepa, don Goyo, no han matado a nadie por criticar una buena costumbre. En cambio, por criticar las malas costumbres han sido crucificados, quemados, ahor-

cados, descuartizados, decapitados y comidos por las fieras muchos cientos de miles de seres humanos.

—¡Siempre con tus genialidades! —gruñó don Goyo.

—Con eso no me quita la razón —contestó don César—. Estoy convencido de que es menos peligroso insultar a un hombre bueno que ofender a uno malo cantándole las verdades. Pero la gente ya se acerca a las mesas, la carne está asada, el vino en las jarras y... ¡qué caray!, ya empiezo a sentir apetito. Vamos, Lupita. No hagamos esperar a los novios.

Llevando del brazo a Lupe, dirigióse hacia la mesa. Frente a ellos, más blanca que su velo de novia, Kate mantenía la mirada, perdida en sus pensamientos o en sus inquietudes.

—¡Pobre muchacha! —musitó Guadalupe—. Para ella el día de hoy no es de felicidad. ¡Ese hombre es un monstruo!

—El amor crea ángeles y demonios, Lupita —respondió don César—. Por una mujer, por conseguirla, uno puede llegar a las mayores alturas y a las máximas bajezas. No sé hasta dónde habrá llegado Joel Simmons; pero nunca me ha parecido un hombre muy alto.

—¿No se podría hacer algo por ella? —preguntó en voz baja Guadalupe—. Ya me entiendes, ¿no? Debe de ser horrible estar casada con un hombre a quien se odia.

—El problema de los Dolin es de índole estrictamente familiar. No se debe nunca revolver en el cubo de la basura de los demás. Es cosa privada y ofenden las intromisiones.

—¿Crees saber el motivo de la boda de Kate con su tío?

—Pude haberlo sabido a tiempo. No quise.

—¿Por qué?

—Lupita: la curiosidad convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Kate se acercó en aquel momento a los Echagüe.

—Muchas gracias por su asistencia —dijo.

—¿Eres feliz? —preguntó Guadalupe.

—¡Mujer! —protestó su marido—. El preguntar eso implica duda, y en un caso como el de hoy, la duda ofende.

Antes de que la recién casada pudiese replicar algo, don César siguió:

—Le estaba contando a mi mujer un suceso que ocurrió hace algún tiempo, Kate. No sé si tú has oído hablar de ello.

—¿Yo? —preguntó la novia, toda ojos.

—Ocurrió en San Diego. Un amigo mío construyó una hermosa casa, cuyo adorno principal era el comedor. Un comedor tan grande como... Sí, como un circo romano o una plaza de toros. Fíjate si era grande que ocupaba toda la planta baja de la casa, hasta el punto de que para subir a los pisos hubo que colocar la escalera en el exterior para que no quitase sitio abajo. Otro amigo mío, al ver aquella habitación, observó en seguida su único defecto: una columna que el arquitecto había colocado, con el peor de los gustos, en el centro de la estancia. Aquella columna estropeaba la perspectiva del comedor. Mi segundo amigo no dijo nada. Pero pensó que su deber de amigo, de mi primer amigo, le obligaba a reparar el error del arquitecto. Una noche entró en la casa cuando todos dormían, en el primer piso, y llegando al comedor, la emprendió a mazazos contra la columna hasta que la echó abajo, librando así a la estancia de un estorbo. Al llegar aquí, mi segundo amigo no tuvo tiempo de pensar nada, porque, falto del sostén de la columna, el primer piso se hundió sobre él, arrasando en su derrumbamiento al segundo y último piso. En resumen: murió mi segundo amigo por meterse donde no le llamaban, y murió mi primer amigo, su familia, sus criados y sus huéspedes, por el entrometimiento del que, tratando de hacerles un favor, los envió a todos al otro mundo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kate, más pálida que nunca.